



## ALGO MAS SOBRE EL TESTEO DEL PROCESO CLINICO<sup>1</sup>

R. Horacio Etchegoyen<sup>2</sup>

### Resumen

*El autor sostiene que para acercarse al psicoanálisis como un cuerpo de conocimientos que aspira a ser reconocido como ciencia es fundamental aceptar como punto de partida que debemos estudiar separadamente el proceso psicoanalítico y la situación psicoanalítica. El proceso es diacrónico, se inscribe en el tiempo y ofrece otras dificultades para un abordaje epistemológico, sobre todo si se pretende medir sus resultados. La situación, en cambio, es decir la sesión, sincrónica y puntual, se presta más a los requerimientos inmediatos del método científico. La validación del proceso clínico debe entenderse como el estudio del proceso en sentido estricto por una parte y, por otra, de la sesión, junto al intento estratégico de unir a ambos para que esa validez se refuerce.*

*La posibilidad de contrastar los hechos es más alta o por lo menos más inmediata en la sesión psicoanalítica, ese diálogo singular donde el analizado ofrece el material de sus asociaciones libres al analista, quien lo recibe con su atención flotante para ordenarlo en una proposición que pretende dar cuenta de lo que está sucediendo en el inconsciente. El encuadre psicoanalítico (setting) está justamente diseñado para que el analizado pueda desplegar sus conflictos en la forma más amplia y natural y para que el analista le proporcione la información que supuestamente le falta en forma de interpretación. Interpretar es formular una hipótesis dentro del marco de una teoría científica. Sin embargo, para que la interpretación sea verdaderamente una hipótesis debe construirse y formularse de manera precisa y rigurosa. Lo realmente testeable en la sesión es el contenido inconsciente de la mente del analizado en ese momento.*

*Si aplicamos consistente y rigurosamente la técnica psicoanalítica, veremos aparecer de pronto las teorías de alto nivel en la mente del analizado, esto es, como conocimiento diádico específico, protocolar o casuístico.*

*El material que nos ofrece el analizado es siempre vasto y multiforme, lo que plan -*

<sup>1</sup> Una primera versión de este trabajo fue presentada en Nueva York el 2 de marzo de 1993, como André Ballard Lecturer de The Association for Psychoanalytic Medicine. Después de mi presentación en West Point (Etchegoyen, 1994) el texto se amplió y fue modificado en varios puntos.

<sup>2</sup> Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, ex presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional.



*tea un delicado problema al elegir lo que se le va a interpretar. Para que una interpretación pueda ser testeada es necesario que sea clara y precisa, sin ambigüedades y que, en lo posible, contenga una sola hipótesis.*

*Si la interpretación puede (y debe) ser definida como una hipótesis, es lógico entonces pensar que el analizado la evalúe y que sus nuevas asociaciones transmitan no sólo su respuesta a lo que se le ha dicho sino también una opinión sobre su contenido de verdad, que surge de lo inconsciente vía asociación libre. De esto se sigue que la validación del proceso psicoanalítico puede alcanzarse durante la sesión. La atención libre y flotante es precisamente lo que nos permite aprehender el mensaje profundo del inconsciente del analizado sobre la verdad o falsedad que tiene para él lo que le hemos interpretado. Donde mejor se alcanza la validez del proceso clínico en psicoanálisis es en ese punto de convergencia en que los hallazgos en la sesión se prolongan en los cambios lentos pero persistentes que aparecen en el proceso. A veces estos cambios surgen en medio (o al final) de episodios repetitivos, donde la fuerza del fenómeno transferencial se impone a nuestra reflexión rotundamente.*

### Summary

*In this paper, the author proposes that to approach psychoanalysis as a corpus of knowledge which aspires to be considered as a science, it is essential to accept that we have to study separately psychoanalytic process and psychoanalytic situation. Process is diacronic, it has to do with time, and has some difficulties with epistemology, especially if we have to deal with results measure. Instead, situation or session is synchronic and scientific method fits better to it. Validation of clinical process must be understood as the process study in strictu sensu. On the other side, the study of the session. It is necessary to join both to reinforce validation. The possibility to contrast the facts is higher and immediate in the analytic session, which is a special dialogue offered by the patient through free association. The analyst receives this material with his floating attention and tries to order it in some propositions. This propositions explain what is happening unconsciously.*

*The psychoanalytic setting is constructed to facilitate the patient the naturally and fully display of conflicts, then, the analyst brings the patient the lacking information under the form of an interpretation, which is probably the information the patient don't have. An interpretation is a hypothesis inside the frame of a scientific theory. Nevertheless, a hypothesis must be constructed precisely and rigorously to be considered really one. If we apply psychoanalytic technique consistently, we shall see how, high level theories in patient's mind appear, as a specific diadic knowledge, formal or casuistic. The patient offers a large and multiform material. This faces a problem: what to interpret. In order to be tested, an interpretation must be clear and precise, without ambiguities, and preferably with only one hypothesis.*

*If interpretation can (and must) be defined as a hypothesis, it is logical to consider*



*that the patient can evaluate it; also their new associations transmit some opinion about interpretation truthfulness, which is produced from the unconscious by free association. It follows from this idea, that the psychoanalytic validation process can be reached during the session.*

*Free association is precisely the way which enables to apprehend the deep unconscious message from the patient about interpretation truthfulness or falsity. The best place in which joins the discoveries inside the session are the slow but persistent changes that appear during the process. Sometimes this changes appear in the middle (or at the end of repetitive episodes, in which transference force imposes our reflexion).*

## I

El psicoanálisis cumplió en estos años un siglo de existencia, y no caben dudas de que ocupa ahora un lugar propio, singular y seguramente definitivo en el concierto de las ciencias, que ejerce una notoria influencia en nuestra sociedad y sus costumbres y que se ha convertido en un hecho cultural que impregna todas las expresiones de nuestro tiempo.

En sus comienzos, el psicoanálisis (que en ese momento era Freud) tuvo que luchar contra detractores que operaban más bien como defensores de la moral (sexual) y sobre esa base le negaban categoría de ciencia. Más adelante se lo cuestionó tomándolo como ejemplo de lo que *no* era ciencia; pero, en los últimos años, este debate se ha planteado en forma diferente, en cuanto los filósofos de la ciencia decidieron por fin prestarle atención. En América latina se destaca la obra relevante de Gregorio Klimovsky, hombre de amplia cultura, matemático de profesión, profesor de lógica y de filosofía, fundador de la Asociación Argentina de Epistemología del Psicoanálisis (ADEP), que empezó enseñando epistemología a los psicoanalistas de Buenos Aires y llegó también a aprender de ellos las complejidades de una disciplina que exige ser estudiada, como todas, desde sus propias pautas. En los Estados Unidos se destaca la labor de Adolf Grünbaum, quien ha investigado el status filosófico del psicoanálisis, al lado de sus estudios sobre la filosofía del espacio y el tiempo y las teorías cosmológicas. Su obra es interesante porque asigna al psicoanálisis el valor de un conocimiento que merece ser reconocido. Esto les permite a los psicoanalistas escuchar y responder a sus críticas. Yo creo que el erudito profesor Grünbaum se irá dando cuenta de que es necesario familiarizarse con nuestro *modus operandi* para poder comprendernos primero y después criticarnos.

Del otro lado del Atlántico, sin duda por influencia de la monumental *Allgemeine Psychopatologie*, de Jaspers (1913), se ha contemplado el psicoanálisis como una hermenéutica, es decir como una ciencia del significado, amparándose en la perenne clasificación de Dilthey en ciencias de la naturaleza (*Naturwissenschaften*) y ciencias del espíritu (*Geisteswissenschaften*). La obra de Jürgen Habermas y de Paul Ricouer



han sobresalido en esta dirección. En Alemania se destaca en este campo Alfred Lorenzer, muy próximo al Habermas de *Erkenntnis und Interesse* (1968), que ha desarrollado una obra importante, de hondas raíces en la clínica psicoanalítica, conocida en América latina a través de su discípula Hilke Engelbrecht que ejerce actualmente en Perú. La hermenéutica ha influido también en George S. Klein, Merton M. Gill y Roy Schafer en los Estados Unidos, donde cabe mencionar a Donald P. Spence. También Osvaldo Guariglia, conocedor a fondo de la filosofía crítica, ubica resueltamente al psicoanálisis en el campo de la hermenéutica.

De todos modos, hemos llegado a un punto interesante, a una convergencia que promete frutos, en cuanto los filósofos de la ciencia reconocen que deben estudiarlos y nosotros los psicoanalistas hemos ido abandonando el cómodo refugio de considerar que “nuestra ciencia” está más allá del método científico, un punto de vista, sin embargo, que sostienen colegas eminentes. Basta leer, por ejemplo, *L'Inconscient et la Science* (Roger Dorey et al., 1991) para observar que muchos psicoanalistas franceses sostienen que el psicoanálisis nada tiene que ver con la ciencia. Ya en la introducción de este libro Roger Dorey (1991) considera vano e insoluble preguntarse si el psicoanálisis es o no una ciencia y se asombra de que el debate haya renacido con tanto vigor en nuestros días, ya que el psicoanálisis no se ajusta a los requisitos habituales del método científico. En este sentido, Dorey le da la razón a las críticas de Popper y de otros filósofos contra el psicoanálisis y sostiene que quien introdujo este malentendido no es otro que Freud. Luego de dar las razones que a su juicio movieron a Freud a sostener la afinidad del psicoanálisis con las ciencias de la naturaleza, lo que tacha de cientificismo, afirma que en el mismo error caen Lacan, Bion y desde luego los psicólogos del yo. El uso que hace el psicoanálisis de los modelos científicos, sigue Dorey, es puramente metafórico, con menoscabo de su propia integridad. (*El Inconsciente y la Ciencia*, p. 12). “El dominio del análisis, en efecto, es el de la significación, la que es propia del inconsciente como radicalmente *otro*; es en *otra escena* donde se juega la partida, en otro terreno que no es aquel en que se despliega la investigación científica” (Ibídem, p. 13).

Dorey termina su ensayo afirmando que no sólo los dos términos (el inconsciente y la ciencia) están radicalmente separados sino también que el inconsciente odia a la ciencia, en el mismo sentido en que el yo primitivo odia al objeto, como decía Freud en sus ensayos metapsicológicos de 1915. Esta metáfora antropomórfica ignora completamente, sin embargo, los dos principios del acaecer psíquico (Freud, 1911) y las hondas reflexiones de Ferenczi (1913), cuando va recorriendo los estadios en el desarrollo del sentido de la realidad y marca bellamente el predominio y la declinación de la omnipotencia, porque “el sentido de realidad alcanza su apogeo en la ciencia” (O.C., 2: 75).

No menos fuertes son las tesis de André Green (1991) en su inteligente ensayo *Desconocimiento del inconsciente (ciencia y psicoanálisis)* para el mismo libro. A Green no lo asombra, como a Dorey, el debate entre el inconsciente y la ciencia, que no es



fruto del azar ni de la moda, sino, más bien, de la orientación que tomó la ciencia después de la Segunda Guerra Mundial, a partir del descubrimiento del código genético, el desarrollo de la biología molecular y los progresos obtenidos en el estudio de la fisiología del cerebro. De esta forma “por fin se podría aplicar la teoría del conocimiento a lo que permitía conocer, o sea, para los científicos, el cerebro” (*El Inconsciente y la Ciencia*, p. 168). Así llegó a su fin —sigue Green— la coexistencia pacífica de la ciencia con las otras ramas del saber. Green reivindica para el psicoanálisis la condición de un saber que no está atado al método científico y nos recuerda que hay otras formas de conocimiento que el científico, como por lo demás afirma la mayoría de los filósofos. El punto más fuerte del argumento de Green es que sólo el psicoanálisis puede abordar válidamente el estudio del sujeto, que por definición queda fuera del campo de la ciencia.

Para Green existe un abismo insondable entre la ciencia y el sujeto: el problema fundamental es situar al sujeto de la ciencia en una concepción del sujeto de la psique (Ibíd., p. 175), porque “la ciencia se detiene en el umbral del funcionamiento de lo psíquico” (Ibíd., p. 177). Es que la discusión entre científicos y psicoanalistas parte de un malentendido radical, en cuanto los científicos toman al mundo como objeto del conocimiento y desatienden al sujeto cognoscente, mientras los psicoanalistas se dirigen a la psique como objeto a conocer y desestiman todo lo que no sea conocimiento de la realidad psíquica, intentando “alcanzar un saber *objetivo* sobre la *subjetividad*” (Ibíd., p. 180, bastardillas en el original). Green separa en forma tajante esta orientación divergente hacia el mundo exterior o hacia el mundo interior de la ciencia y el psicoanálisis; pero olvida, a mi juicio, que la realidad psíquica que estudia el psicoanálisis es también parte del mundo, por mucho que diverja de él formalmente. El saber objetivo sobre la subjetividad que propone Green, para mí es enteramente científico.

A mí me parece que el abismo insalvable no es entre la ciencia y el psicoanálisis, sino entre el psicoanálisis y la filosofía tradicional que pretendió estudiar el psiquismo, que era entonces sinónimo de conciencia, a partir de la introspección. Como bien dice Green, Freud descubrió un campo nuevo, el *inconsciente*; y, al percibir que su abordaje tropezaba con la *resistencia*, esto es, con un deseo de no conocer, propuso un método radicalmente distinto, donde la *alo-observación* pasó a ser fundamental. Así *el psicoanalista aparece como el observador* que, ayudado por el analizado, puede alcanzar, en el campo donde operan la transferencia y la contratransferencia, los hechos de la realidad psíquica que se propone estudiar. Green contempla este campo como irreductible al de la ciencia; pero yo sostengo, como otros, que el método de investigación que emplea el psicoanalista clínico es enteramente científico, por más que las dificultades sean mayores cuando se observa la realidad psíquica que las alverjillas de Mendel.

Green considera que la falsación de una hipótesis (sobre la realidad psíquica-recalquemos) que nos exige Popper (1953, 1962) es inaplicable al psicoanálisis, porque el



analizado y el analista no se encuentran de hecho en el mismo plano de racionalidad. Esta afirmación, sin embargo, simplifica demasiado las cosas. Es cierto que el analizado opera inicialmente con los instrumentos del proceso primario y es cierto, también, que la interpretación se formula en términos de la lógica del proceso secundario. Si estas condiciones permanecieran fijas el diálogo psicoanalítico sería cosa de sordos. La verdad es que cambia continuamente, es de una sorprendente fluidez, como lo advirtió el genio de Melanie Klein en *El Psicoanálisis de Niños* (1932) y en otros trabajos de aquella época. Como decía Lagache (1964) en el *Simposio sobre la fantasía* del 23° IPAC (Estocolmo, 1963) la regla fundamental invita al analizado a dejarse llevar por el proceso primario dando libre curso a su fantasía; pero la interpretación es una operación lógica. Si la regla fundamental le dice al paciente “hable de lo que le venga en ganas” (*talk nonsense*), la interpretación le propone “ahora hablemos en serio” (*Now let us talk sense* Ibídem, p. 186). ¿No pensamos todos, acaso, que el procedimiento psicoanalítico consiste en hacer consciente lo inconsciente o, como se dice con la teoría estructural, ¿dónde estaba el ello que sea el yo?

En fin, pienso que la interpretación puede ser testeada si procedemos según arte —lo que no siempre es fácil— y que es una hipótesis que opera *per via di levare* y *no di porre*, que descubre y que no inventa.

En su reciente trabajo *Contrainduction in psychoanalytic practice*, (1997, *Contrainducción en la práctica psicoanalítica*), Jorge L. Ahumada desarrolla este tema en profundidad y muestra claramente que el insight ostensivo es inherente a la interpretación mutativa de Strachey (1934), que opera siempre *per via de levare*.

El tema de la interpretación ocupa un lugar importante en la filosofía contemporánea. Son conocidos los aportes de Gadamer, Paul Ricoeur y otros hermeneutas. Menos conocidas para los psicoanalistas, pero quizá más pertinentes para nuestro tema son las reflexiones del filósofo norteamericano Donald Davidson (1984), sobre lo que denomina “interpretación radical”, los principios que presupone y las marcas teóricas que pone en juego<sup>3</sup>. No puedo detenerme en este punto, pero creo que debemos profundizarlo.

Después de esta breve introducción y de algunos comentarios sobre un ramillete de trabajos estimulantes, deseo volver al argumento central de este ensayo.

## II

Para acercarse al psicoanálisis como un cuerpo de conocimientos que aspira a ser reconocido como ciencia —reclamo que atraviesa la obra entera de Freud— es fundamental aceptar como punto de partida que debemos estudiar separadamente el proceso psicoanalítico y la situación psicoanalítica. El *proceso* es diacrónico, se inscribe

<sup>3</sup> Véase, especialmente, los capítulos 2, 13, 17 y 18 de su libro *Inquiries into Truth and Interpretation*.



en el tiempo y ofrece otras dificultades para un abordaje epistemológico, sobre todo si se pretende medir sus resultados. La *situación*, en cambio, es decir la sesión, sincrónica y puntual, se presta más a mi juicio a los requerimientos inmediatos del método científico.

Al establecer una diferencia entre situación y proceso, lo hago porque todos los psicoanalistas la aceptan explícita o implícitamente desde el punto de vista clínico, mientras tienden a olvidarla cuando exponen sus teorías y tratan de sostener su validez; pero no porque crea que entre ambos hay un abismo infranqueable: la situación, la hora analítica, tiene de hecho una duración (que se ha fijado entre 45 y 50 minutos en el mundo entero) y el proceso no es más que una sucesión ordenada de eventos puntuales. Que no podamos trazar una divisoria neta entre una y otro no autoriza, sin embargo, a confundirlos; al contrario nos permite una síntesis final que refuerza notoriamente la justificación epistémica del psicoanálisis. Volveré sobre este punto.

La validación del proceso clínico que propone el título de este trabajo debe entenderse, pues, como el estudio del proceso en sentido estricto por una parte y, por otra, de la sesión, junto al intento estratégico de unir a ambos para que esa validez se refuerce.

Todos los analistas pensamos que el proceso psicoanalítico conduce a cambios lentos pero estables; y casi todos consideramos que estos cambios (a los que a veces llamamos “estructurales”) tienen una calidad diferente a los que se logran con otros métodos de psicoterapia. Sin embargo, esta afirmación que nos viene del mismísimo Freud (1904, 1916-1917, 1937a) no ha podido ser confirmada por los métodos de seguimiento (Wallerstein, 1986) o de la llamada investigación empírica. Como dicen Thomä y Kächele (1985), “... las teorías muy complejas y ricas en parámetros, como es el caso de la teoría psicoanalítica, son de difícil verificación empírica” (*Teoría y Práctica del Psicoanálisis*, 1989, vol. 1, p. 421). A pesar de sus progresos y de su innegable valor, la investigación empírica del proceso psicoanalítico, si la tomamos en sentido limitado, no alcanza para despejar estas incógnitas<sup>4</sup>.

Voy a poner dos ejemplos de mi práctica para mostrar qué difícil es para los métodos empíricos evaluar los resultados del psicoanálisis y la psicoterapia.

En La Plata, hace ya mucho tiempo, un amigo me mandó a su esposa recién embarazada para que la tratara, luego de dos abortos espontáneos donde los factores emocionales eran determinantes a juicio del partero. No voy a detallar por qué decidí hacerme cargo de esta amiga o cuasi-amiga, pero lo cierto es que la vi tres veces por semana cara a cara. Mientras ella me hablaba muy sinceramente de sus deseos de lle-

<sup>4</sup> La expresión “investigación empírica” es una sinécdoque impuesta por el uso entre psicoanalistas, ya que la investigación clínica es también empírica.



var adelante su embarazo y me iba exponiendo sus conflictos con su marido y su mamá, yo le fui interpretando sus temores a repetir ciertas conductas de su madre y también la rivalidad con su esposo. El embarazo llegó a término y también la psicoterapia, con el sincero agradecimiento de la pareja. Nació una preciosa niña; pero dos años después vino mi ex-paciente a decirme que trataba a su hijita con inexplicable crueldad. Ahora sí le indiqué el análisis y por cierto no conmigo.

¿Cómo se puede evaluar con métodos empíricos este caso por demás exitoso de psicoterapia? Gracias a la disociación entre un marido malo y un psicoterapeuta idealizado, la fuerte envidia fálica y el notorio sadismo uretral de esta mujer quedaron por un tiempo controlados, lo que le permitió retener su embarazo. Dijo alguna vez en una reunión de amigos, no sin cierta consternación de mi parte (¡y de mi esposa!) que su bella nena era hija de Horacio y no de X (su marido). Es decir, pudo aceptar su embarazo en cuanto provenía del pene idealizado del médico. Terminada la terapia, sus conflictos se dirigieron a la niña (bebé=heces=pene) con tal intensidad que, cuando vino a verme nuevamente, llegó a decir que más le hubiera valido otro aborto y no la niña.

Una señora de mediana edad que se analizó conmigo muchos años cinco veces por semana tenía también una gran envidia fálica y un pronunciado sadismo uretral. Me contó una vez al comienzo de su análisis que se había peleado con su marido y sus hijas en el fin de semana. Mientras esperaban plácidamente la hora del almuerzo en la casa rural donde pasaban los fines de semana, a ella se le ocurrió regar el jardín. Blandió la manguera y salpicó a todo el mundo. Cuando se lo reprocharon se sintió muy ofendida e insultó a su familia con la boca como antes con la manguera. También a mí me salpicó al contármelo durante la sesión y lo único que pude hacer en aquel momento fue escucharla en silencio, sin dar con una interpretación que me pareciera aceptable. Pude en cambio hacer la predicción, después cumplida ampliamente, que esta paciente presentaría grandes problemas con el setting y dificultades para analizar en la transferencia sus conflictos con el contralor esfinteriano.

El análisis de su envidia fálica y su sadismo uretral, entretejidos con los problemas de su entrenamiento esfinteriano, llevó varios años. Aquel episodio de la manguera no volvió a analizarse; pero, cumpliendo con el "principle of multiple appeal" de Hartmann (1951), los fines de semana en el campo se hicieron mucho más placenteros y apacibles. Para los familiares resultó más fácil reconocer que el carácter de esta señora había cambiado que atribuirle algún efecto al tratamiento. (El marido siempre creyó que el psicoanálisis era un entretenimiento para ella, que él podía costearle sin ningún sacrificio económico.) Señalo la opinión de los familiares porque contiene el mismo razonamiento que va a aplicar el investigador empírico: ¿quién puede asegurar que el cambio de carácter de esta buena señora fue por el tratamiento psicoanalítico y *no* por el simple paso del tiempo, las circunstancias de la vida o, sin ir más lejos, por la buena relación con el analista? Al fin y al ca-





bo, ¿de qué se curó esta paciente? ¡Del síntoma de salpicar con una manguera a sus familiares!

Son dos ejemplos extremos de la práctica de todos los días, donde aparecen el sadismo uretral y la envidia fálica. En el primer caso el síntoma cesó pero no sus causas; en el segundo no hubo siquiera síntoma pero algo “curó”. Es evidentemente difícil detectar estos cambios con métodos empíricos, aunque ningún analista dudará de la solidez de mis razonamientos y ningún epistemólogo los tendrá en principio por válidos<sup>5</sup>.

En resumen, coincido plenamente con lo que dice Merton M. Gill (1992) en su *Current trends in psychoanalysis* al recibir el premio Heinz Hartmann: “It will be a long time before the efficacy of analysis and its value as contrasted to other methods of treatment will be demostrable”. (“Pasará un largo tiempo hasta que se haga demostrable la eficacia del análisis y su valor frente a otros métodos de tratamiento”. Traducción personal.)

La investigación empírica podría recorrer, me parece, caminos menos trillados. Como acabo de decir, resulta difícil probar que los cambios de la señora recién mencionada se debieron al tratamiento psicoanalítico; pero podría diseñarse un experimento para saber si se cumpliría mi predicción sobre la aparición de problemas (anales y uretrales) con el setting psicoanalítico y si la transferencia de los conflictos esfinterianos ocuparía de veras un lugar singular.

Del mismo modo, se podrían diseñar experimentos más puntuales para probar diversas teorías psicoanalíticas. En mi larga carrera profesional fui consultado muchas veces por analistas que habían aceptado en tratamiento a un familiar o al amigo íntimo de un paciente que tenían en análisis. No conozco un solo caso en que esta circunstancia no precipitara una violenta crisis de celos fraternales en la transferencia, por lo general prácticamente inanalizables. Recuerdo un paciente esquizofrénico que traté internado en la Clínica Charcot de La Plata. Después de un año de tratamiento estaba en una remisión que parecía estable. Entonces me pidió que analizara también a su mujer. Su pedido era tan insistente y sensato (y yo tan inexperto) que acepté en principio entrevistarla. A los pocos días el paciente tuvo un nuevo brote, esta vez irreversible. Me acuerdo que se sentía perseguido por las hormigas del jardín de la Clínica. Yo recordé entonces, pero ya era tarde, el ensayo de Abraham (1924), donde una internada se acusaba durante una fase melancólica (en que estaba totalmente identificada con su prolífica madre) porque había llenado el Hospital de piojos que simbolizaban a los hermanos. En otras palabras, se podría realizar una especie de estudio epidemiológico para saber hasta qué punto cuando un analista toma en tratamiento a alguien muy cercano a uno de sus pacientes se desata una fuerte situación de celos en la transferencia. De ser así, varias hipótesis psicoanalíticas quedarían apoyadas.

<sup>5</sup> Mi amigo Merton, sin embargo, me escribió en 1993 para expresar enfáticamente su desacuerdo con lo que yo digo.



Es también legítimo señalar que el llamado cambio estructural es difícil de definir y más difícil aún de evaluar clínicamente. De ahí que un observador sagaz y crítico como Weinshel (1988) prefiera hablar de “cambio psicoanalítico” y no de cambio estructural para ser más moderado y realista, si bien no resulta sencillo decidir qué debemos entender por cambio psicoanalítico.

En un artículo reciente, *A new intellectual framework for psychiatry* (Un nuevo modelo para la psiquiatría), Eric R. Kandel (1998) hace un serio intento de establecer lazos entre las neurociencias y el psicoanálisis y le da al cambio estructural un significado literal: los cambios que el psicoanálisis y otras formas de psicoterapia producen se inscriben en el cerebro “by producing changes in gene expression that alter the strength of synaptic connections and structural changes that alter the anatomical pattern of interconnections between nerve cells of the brain” (p. 460, “al producirse cambios en la expresión genética que alteran la fuerza de las conexiones sinápticas y cambios estructurales que modifican los modelos anatómicos de la interconexión entre las células nerviosas del cerebro”. Traducción personal). Es para pensarlo, teniendo en cuenta que Kandel viene a justificar, desde otro campo, la importancia de un tratamiento intenso y prolongado como es el psicoanálisis.

### III

La posibilidad de contrastar los hechos a mi juicio es más alta o por lo menos más inmediata en la sesión psicoanalítica, ese diálogo singular donde el analizado ofrece el material de sus asociaciones libres al analista, quien lo recibe con su atención flotante para ordenarlo en una proposición que pretende dar cuenta de lo que está sucediendo en el inconsciente.

Estoy hablando, es cierto, de una situación ideal, porque no siempre el analizado asocia libremente ni el analista lo escucha con atención flotante: a veces el analizado no puede darse a entender y el analista está sujeto al error; pero estas dificultades no son insuperables.

No sólo las humanas deficiencias del analista y el analizado complican el diálogo psicoanalítico, sino también los conflictos inherentes a toda relación entre los hombres, atravesada siempre por la ambigüedad y el malentendido, como dice Money-Kyrle (1968, 1971). En este sentido el diálogo psicoanalítico es igual a cualquier otro, pero hay algo que lo distingue substancialmente, y es que, por definición, se dirige específicamente a resolver esas dificultades, esos conflictos. Ellos nacen, como todos sabemos, de la transferencia y la contratransferencia; y es el análisis de la siempre compleja relación transferencial lo que da al psicoanálisis no sólo su carácter singular entre todos los procedimientos psicoterapéuticos sino también sus credenciales más sólidas como método y disciplina científica: la repetición transferencial le ofrece al analista la posibilidad de testear una y otra vez sus hipótesis. A veces la transferencia repite una determinada configuración o conflicto tan cumplidamente que



asume la forma de un verdadero experimento. Recuerdo una mujer joven e inteligente que traté hace ya muchos años. Presentaba síntomas neuróticos y también una colitis ulcerosa que se reactivaba con absoluta regularidad cada vez que, al compás de la inflación, le proponía un reajuste de honorarios. Como no tenía en aquel entonces mucha experiencia, me llevó un tiempo establecer la relación (dinero=heces) que provocaba sus síntomas, inconsciente por completo para la analizada misma. Un analista más experimentado que yo de seguro habría previsto lo que podía pasar; pero entonces el diseño prácticamente experimental al que yo ingenuamente asistí no se hubiera presentado.

El encuadre psicoanalítico (setting) está justamente diseñado para que el analizado pueda desplegar sus conflictos en la forma más amplia y natural y para que el analista le proporcione la información que supuestamente le falta en forma de interpretación. Hay quienes piensan, como Zac (1971), y yo soy uno de ellos, que el dispositivo que Freud ideó para el tratamiento psicoanalítico es uno de los más altos rendimientos de su genio (¡a pesar de que no siempre lo cumpliera en la práctica!). El analizado repite con el analista sus viejos conflictos; pero, gracias al setting, puede llegar a reconocerlos como propios. En otras circunstancias, la participación de los demás los hace irreconocibles. En esto consiste la llamada asepsia analítica que, como la del cirujano, mantiene el campo libre de contaminación.

Desde sus primeros trabajos hasta su reciente libro, Bernardo Alvarez Lince (1996) ha sostenido siempre que la interpretación es una proposición científica. La interpretación psicoanalítica eleva a la conciencia el conocimiento de la realidad psíquica existente; y, por tanto, “la práctica del psicoanálisis depende de las peculiaridades de la lógica del conocimiento” (p. 14). En otras palabras, interpretar es formular una hipótesis dentro del marco de una teoría científica. Sin embargo, para que la interpretación sea verdaderamente una hipótesis debe construirse y formularse de manera precisa y rigurosa. Entramos aquí a un punto clave de este trabajo.

En un todo de acuerdo con Alvarez y también con Edelson (1984), sostengo que lo realmente testeable en la sesión es el contenido inconsciente de la mente del analizado en ese momento, los enunciados casuísticos o protocolares de Liberman (1970), la verdad diádica específica de Thomä y Kächele (1985, cap. 10), y no las grandes teorías del psicoanálisis, aunque tampoco creo que haya entre ellos una brecha insalvable. Si aplicamos consistente y rigurosamente la técnica psicoanalítica, veremos aparecer de pronto las teorías de alto nivel en la mente del analizado, esto es, como conocimiento diádico específico, protocolar o casuístico. Así pude ilustrarlo —convincientemente, creo— en *Psyche* (Etchegoyen, 1993).

#### IV

Existe a mi juicio una diferencia absoluta entre interpretar y opinar. Opinar es, por cierto, una palabra más abarcadora que interpretar; pero, conceptualmente, interpre-



tar difiere completamente de cualquier otra opinión. En tanto se refiere a lo que el analizado piensa y siente, la interpretación nunca alude a eventos, como hace la opinión. Así como el juez sólo expresa sus opiniones en los fallos, porque de otra forma queda en falta (cuando no comete un verdadero acting-out), la única opinión válida del analista es su interpretación del material. Una opinión es algo que uno dice para que el otro la comparta o la cuestione; la interpretación, en cambio, sólo espera un juicio sobre su validez o falsedad. Como dice Bion (1977) en alguna parte, la interpretación psicoanalítica no habla de los hechos sino de lo que el analizado piensa que son los hechos: una opinión es una afirmación sobre las cosas; una interpretación es una afirmación sobre lo que el otro piensa de las cosas (Etchegoyen, 1989, p. 380). A Liberman le gustaba decir: *Yo* (el analista) *pienso que usted* (el analizado) *piensa que ...*

Si quisiéramos apoyarnos en la filosofía del lenguaje ordinario de Austin (1962) y John Searle (1969) podríamos decir que el diálogo psicoanalítico implica una interacción comunicativa donde tienen lugar actos ilocucionarios, es decir los actos que llevamos a cabo al decir algo; pero me atrevería a proponer que la interpretación es en sí misma un acto ilocucionario singular, que consiste en proponer al analizado una hipótesis de lo que el analista piensa que está activo en el inconsciente del analizado para que él la testeé, y no advertir, comentar, ordenar, aprobar, pedir disculpas, etcétera (Searle, 1969, capítulo 2).

La diferencia entre opinar e interpretar muchas veces pasa inadvertida, y sin embargo es una exigencia implícita del setting, ya que el analista está llamado solamente a dar testimonio y no opiniones. Como las de cualquier persona, las opiniones del analista expresan lo que él piensa sobre los sucesos o las personas del mundo y no lo que piensa el analizado. Por tanto, las expresa como advertencias, comentarios, órdenes, aprobaciones, disculpas, etcétera, etcétera<sup>6</sup>. En tal sentido, al darlas se aparta de su técnica (porque viola la neutralidad y la reserva analítica) y también de la ética de su profesión, en cuanto emite juicios de valor que necesariamente van a influir en el otro. Muchas veces los analizados nos piden pareceres o consejos creyendo que podemos darlos mejor que nadie; pero, en realidad, están equivocados, y mucho más equivocado estará el analista que lo crea. Nuestra opinión no es mejor que la de los otros; nuestra interpretación puede aportar, en cambio, algo que los demás no pueden dar. De esto se sigue que el analista es realmente un espejo, como dijo Freud, destinado solamente a reflejar lo que le es proyectado: "El médico no debe ser transparente para el analizado, sino, como la luna de un espejo, mostrar sólo lo que le es mostrado"(A.E., 12: 117). Repito estas conocidas palabras de Freud (1912) porque, a pesar de que muchos analistas las han criticado, son para mí el eje de toda la técnica psicoanalítica.

<sup>6</sup> Searle ha recolectado 1.500 actos ilocucionarios y piensa que hay muchos más.



Sé perfectamente que la división que aquí propongo no es compartida por muchos psicoanalistas de primera línea. Así por ejemplo en el capítulo 1 de su valioso libro, Thomä y Kächele no dudan ni por un momento que la interpretación es una opinión del analista y de allí concluyen que éste influye necesariamente en la marcha del proceso. “Los datos que son obtenidos mediante el método psicoanalítico, son altamente influenciados por las ideas transmitidas por el analista” (*Teoría y Práctica del Psicoanálisis*, 1989, vol. 1, p. 29).

Ya dije en su momento que el analista no habla de los hechos sino de lo que el analizado cree que son los hechos. Nuestra tarea no es adoctrinar o sugestionar al paciente y ni siquiera ayudarlo a pensar, sino ver por qué piensa de esta u otra manera. En este sentido, la técnica psicoanalítica es todo lo contrario de lo que piensa Grünbaum (1984) cuando afirma que “... the epistemic decontamination of the bulk of the patient's productions on the couch from the suggestive effects of the analyst's communications appears to be quite utopian” (*The Foundations of Psychoanalysis*, p. 128, “... la decontaminación epistémica del conjunto de las producciones del paciente en el diván del efecto sugestivo de las comunicaciones del analista parece ser completamente utópica”. Traducción personal).

Desde este punto de vista, como dije en mi contribución al libro en homenaje a Leo Rangell, nuestra técnica está enderezada a descubrir el malentendido que lleva al analizado a sentir que buscamos influir sobre él (Etchegoyen, 1989, p. 378). La aplicación rigurosa de estos preceptos técnicos me ha llevado a descubrir, con sorpresa, qué incommovibles son algunas ideas de los analizados y del hombre normal y hasta qué punto debemos diagnosticarlas de sobrevaloradas cuando no de delirantes (Ibídem, p. 378). Pienso efectivamente, en la actualidad, que en la mente del hombre normal anida muchas veces en forma críptica un auténtico delirio transiti- vista con todos los atributos del aparato de influencia que describió la mano maestra de Víctor Tausk en 1919. He visto también frecuentemente que los analistas de poca experiencia impiden estos desarrollos con interpretaciones equivocadas, medidas de apoyo o llamados a la realidad. Mis afirmaciones no hacen más que comprobar una vez más la presencia de angustias psicóticas en el hombre normal (Melanie Klein, 1932, etcétera) o, si se prefiere, la existencia de una parte psicótica en la estructura de la personalidad (Bion, 1957; Bleger, 1967); pero es relevante en relación a los estudios epistémicos, en cuanto obliga a ver a la ‘bête noire’ de la sugestión desde una perspectiva diferente, cuando no opuesta, a la que esgrimen numerosos epistemólogos: la influencia sugestiva del analista sobre el analizado no debe entenderse simplemente como algo que proviene de aquél sino como la resultante de un conflicto sumamente regresivo donde operan de consuno el deseo de influir y de sentirse influido de *ambos* integrantes de la diada en la dialéctica de la identificación proyectiva (Melanie Klein, 1946; Grinberg, 1956, etcétera). Esta perspectiva, huelga decirlo, se aplica también a las discusiones políticas, científicas y aun filosóficas.



## V

El material que nos ofrece el analizado es siempre vasto y multiforme, lo que plantea un delicado problema al elegir lo que se le va a interpretar. Dado que las opciones son múltiples, si nos dejáramos llevar simplemente por nuestras momentáneas preferencias, la tarea analítica quedaría expuesta a la arbitrariedad, a la veleidad de nuestras teorías y hasta de nuestros conflictos. Este riesgo es todavía mayor si la técnica que se emplea es la que yo practico desde hace años, consistente en reducir el campo de las variables para que la interpretación se haga más testeable.

Hay por fortuna medios para evitar estos riesgos, porque los canales de comunicación del analizado son también múltiples y algunos de ellos sumamente espontáneos. Tenemos, por de pronto, las asociaciones verbales, paraverbales (es decir fónicas) y no verbales (gestos, mímica) para utilizar la clasificación de Liberman (1962), junto a la información que nos suministra la contratransferencia que es también parte del material, como siempre sostuvo Racker (1960, *pássim*). A esto hay que agregar, todavía, la *insistencia* de determinados significantes verbales (Lacan, 1957, 1966, *pás - sim*).

En estas circunstancias, el contexto de descubrimiento de la interpretación se va a encontrar en el punto en que estos elementos convergen, y entonces su elección corresponde a factores racionales y no a una decisión arbitraria, siempre expuesta a influencias subjetivas, personales. Es cierto que el material analítico que se nos ofrece es siempre múltiple, por no decir inabarcable, y que cada vez que nos decidimos por una interpretación dejamos otras de lado; pero si nuestra selección fue racional, como lo acabo de explicar, podemos estar seguros de que la inexorable repetición transferencial traerá nuevamente lo que en este momento apartamos.

Muchos analistas piensan, en cambio, que al seleccionar el material nosotros le estamos imprimiendo al análisis una dirección particular; pero a mi juicio se equivocan en cuanto confunden la sesión con el proceso: la opción que hacemos al interpretar puede imprimir una dirección a la sesión, pero lo que no incluimos en esta interpretación volverá a presentarse espontáneamente en el curso del tratamiento. Por otra parte, y es obvio, *toda* interpretación implica una selección del material.

Para que una interpretación pueda ser testeada es necesario que sea clara y precisa, sin ambigüedades y que, en lo posible, contenga una sola hipótesis. Con el correr del tiempo me he hecho contrario de las interpretaciones largas y complejas y también de las interpretaciones brillantes. Aquéllas ofrecen al analizado más de lo que puede pensar, cuando no se contradicen entre sí; éstas apelan más a la admiración y a la envidia que a la serena reflexión. Si el psicoanalista tiene in mente una interpretación larga y compleja, será mejor que la vaya dando por partes, a la espera de la respuesta del analizado a cada paso. Si el primer segmento de la interpretación es refutado, ¿de qué vale seguir con los restantes?



## VI

Si la interpretación puede (y debe) ser definida como una *hipótesis*, es lógico entonces pensar que el analizado la evalúe y que sus nuevas asociaciones transmitan no sólo su respuesta a lo que se le ha dicho sino también una opinión sobre su contenido de verdad. Apenas es necesario aclarar que no me refiero a la respuesta convencional sino a la que viene del inconsciente y surge de la asociación libre, como dice Freud en *Construcciones en el análisis* (1937b).

Todos los analistas son contestes de que la respuesta del analizado a la interpretación tiene un gran valor informativo y heurístico. Pocos creen, en cambio, que el analizado evalúa lo que se le ha dicho y son todavía menos los que piensan como yo que las más veces lo hace bien. Voy a detenerme en este punto porque, de ser así, los juicios (inconscientes —vuelvo a decirlo—) del analizado adquieren un gran valor epistémico. Sostengo categóricamente que la respuesta del analizado a nuestra interpretación contiene muchas veces los datos objetivos que nos permiten decidir sobre su validez. En su reflexivo artículo *Psychoanalysis and the use of philosophy* (1997, El psicoanálisis y el uso de la filosofía), Hanly apoya mi idea sobre el testeo de la interpretación como un ejemplo del realismo crítico en el trabajo clínico del psicoanálisis. Afirma claramente: “The critical element of this idea is the psychoanalytic acknowledgement by Etchegoyen of the complexity and hazards of the analysand’s evaluative activity, complicated and not infrequently compromised as it is by the derivatives of the very conflicts within the analysand that the analysis is seeking to resolve” (p. 281, El elemento crítico de esta idea es el reconocimiento psicoanalítico de Etchegoyen de la complejidad azarosa de la acción evaluativa del analizado, complicada y frecuentemente comprometida por los derivados de los mismos conflictos que el psicoanálisis busca resolver. Traducción personal).

De esto se sigue que la validación del proceso psicoanalítico puede alcanzarse *durante* la sesión, como lo sostuvo Wisdom en trabajos fundamentales (1956, 1967). Personalmente, creo que la interpretación no sólo puede testearse en la sesión sino que es ése el lugar privilegiado para hacerlo. La mayoría de los psicoanalistas (Bion, 1963; Liberman, 1970/72; Thomä y Kächele, 1985; Bianchedi, 1990) no lo piensan así porque creen que el testeo durante la sesión perturba la atención flotante. Yo considero, al contrario, que la atención libre y flotante es precisamente lo que nos permite aprehender el mensaje profundo del inconsciente del analizado sobre la verdad o falsedad que tiene para él lo que le hemos interpretado. Una cosa es estar abierto a lo que el analizado diga o transmita de nuestra interpretación y otra muy distinta estar pendiente de que la confirme o la refute. En aquel caso, funciona la atención libremente flotante al servicio de la tarea de mantener o corregir el rumbo; en éste, los conflictos de contratransferencia, donde la interpretación pasa a ser un valorado (o mejor dicho idealizado) producto de nuestra mente, cargado de libido narcisista, que nos enajena de nuestro analizado y de nuestra labor; el feed-back es negativo en el primer caso y positivo en el otro.



Para mostrar en qué sentido riguroso el analizado nos evalúa, quiero empezar por un ejemplo reciente de mi propia práctica, aunque me dé un poco de vergüenza. En la sesión del lunes una analizada expresó celos por la persona que ve salir algunas veces de mi consultorio. Supone que es una analista que se analiza conmigo y volvió a pensar que a esta supuesta colega la atiendo con interés, mientras que a ella sólo por obligación. Siguió a esto un largo espacio de la sesión en que yo le interpreté su búsqueda de afecto por no sentirse querida: si ella piensa que yo la analizo por obligación es porque no puede confiar en el afecto de los demás, etcétera. Aceptó estas interpretaciones, pero afirmó entonces que la relación con los pacientes no es lo mismo que con un ser humano común.

**A:** (con ironía). *Bueno, al fin hemos llegado a una conclusión irreprochable. Los analizados no son seres humanos. ¡Está muy bien!* (Con tono serio). *Hay una enorme contradicción en lo que usted dice, a pesar de que, con su inteligencia, trata de hacerlo pasar por lógico y normal.*

**P:** *La relación analítica es la relación de dos personas, que no es exactamente igual a otras. Eso está claro.*

Cuando terminó la sesión quedé muy desconforme. Pensé que me había dejado llevar a un terreno muy poco analítico donde se mezcla la seducción con la rivalidad: doy opiniones, la contradigo, la elogio.

Al día siguiente la analizada llegó tarde y dijo:

**P:** *Si tomamos el tema de ayer... Lo único que me acuerdo es que soñé que yo venía a sesión... No sé cómo era la cosa. Usted ponía la mesa para tomar el té. Había mermeladas y dulce de leche. Estaba mi hija en el sueño también; y ella preguntaba: ¿Cómo, ¿ustedes toman el té? Yo decía: Parece que sí.*

El contenido manifiesto del sueño habla por sí mismo. “Té de señoras” se denomina en mi país a una reunión insubstancial. A pesar de estas evidencias y de su primera y espontánea asociación, “Si tomamos el tema de ayer”, la analizada no pensó en ningún momento que su sueño evaluaba —y tan negativamente como yo mismo, por cierto— la sesión anterior. A ella le pareció en principio un lindo sueño, si bien hubo de reconocer que su hija tenía una actitud fuertemente crítica por lo que yo estaba haciendo. Sólo al final de la sesión admitió que Carmen, su hija, representaba una parte suya que criticaba la sesión anterior. Allí pudo levantar la represión de algo que había pensado reiteradamente al irse el día anterior: le llamó la atención que yo la calificara de inteligente; pensó que era un elogio y hasta un piropo. Aquí su evaluación inconsciente coincide con la mía cuando pensé que la había lisonjeado en lugar de interpretarle. Cuando se da espontáneamente una coincidencia como ésta (lo que yo pensé al término de la sesión y lo que ella misma pensó y soñó) tenemos un elemen-





to muy fuerte para validar nuestro trabajo. Sólo que, para hacerlo, analista y analizado tienen que soportar un dolor mental a veces muy grande: así como al principio la paciente no pensó ni por las tapas que me estaba criticando, yo debo confesar que, a pesar del valor del ejemplo, estuve a punto de no ponerlo en mi trabajo.

No quiero ser demasiado severo conmigo mismo, pero “me” asocio con aquel candidato del trabajo de Maxwell Gitelson del *International Journal* de 1952, que entrevista a una mujer que se queja de no ser atractiva. El candidato le dice de inmediato que a él le ha resultado muy agradable; y ella lo sueña esa noche exhibiéndose con el pene flácido (vol. 33, p. 5). Entre paréntesis, ni al gran analista que fue Max ni a nadie se le hubiera ocurrido que esta muchacha estaba denunciando en su sueño el error técnico del candidato, que había mostrado su impotencia analítica; y, sin embargo, ¿cómo podría tener ella este sueño si no advirtiera que las palabras del candidato significaban un penoso error? Si el candidato hubiera interpretado el sueño según arte, es posible que la situación analítica se hubiera restablecido (o, mejor dicho, establecido) sin que fuera necesario el cambio de analista que propuso Gitelson.

En el *International Journal* de 1927 (vol. 8, pp. 93-100), Ferenczi comenta el recién publicado libro de Otto Rank, *Technik der Psychoanalyse* (1926). Ferenczi cita el fragmento de un sueño: “I was being analysed, and was lying on the sofa. The analyst was very familiar to me, but I cannot say who he was. I had to tell him a dream of a journey that I was to undertake, to visit some common friends. When I had begun, I was interrupted by an old woman who was sitting on a stool and wanted to interpret the dream in a popular manner (in an old wives’ way). I told the analyst that I could tell the dream better if she did not interrupt me. Then he told her to be silent, got up, took hold of the hammock in which I now seemed to be lying with both his hands, and shook me hard. Then he said: ‘When you were born, you were quite red (in the face). Then you were laid on a sofa, and your father sat down beside you’. I was surprised in the dream at this explanation, and thought: ‘This is very farfetched’ ... etcétera”. (“Yo me estaba analizando acostado en el sofá. El analista me era muy familiar, pero no podría decir quién era. Tenía que contarle un sueño sobre un viaje que yo iba a emprender para visitar amigos comunes. Cuando yo empezaba, me interrumpía una vieja que estaba sentada en un banco y quería interpretar el sueño de una manera popular, ‘in an old wives’ way’. Yo le decía al analista que podría contarle el sueño mejor si ella no me interrumpía. Entonces él le decía que se quedara callada, se levantaba y se tomaba con las dos manos de la hamaca en la que yo ahora parecía estar reclinado y me sacudía con fuerza. Entonces me decía: ‘Cuando usted nació estaba completamente rojo (en la cara). Después fue tendido en un sofá y su padre se sentó a su lado’. En el sueño, yo me sentía sorprendido con esta explicación y pensaba: ‘Esto me parece traído de los cabellos’, ... etcétera”. Traducción personal). Rank trae este sueño para probar su teoría de que la experiencia analítica es isomórfica con la del nacimiento; pero Ferenczi piensa, con razón, que el sueño muestra la burla y el desprecio del analizado por las teorías del analista y sus inter-



pretaciones. ¿Puedo agregar que con su desprecio y su burla el analizado está expresando también su juicio adverso al trabajo de Rank?

También se puede mostrar en varios pasajes de *A propósito de un caso de neurosis obsesiva* (1909) no sólo los errores de Freud sino también las críticas larvadas que en más de una ocasión le hace El Hombre de las Ratas, como puede verse en el excelente trabajo de David Rosenfeld (1980) y en *Freud and the Rat Man* (Mahony, 1986).

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero me interesa señalar que si es cierto que el analizado nos evalúa y las más veces correctamente, sin desconocer que puede hacerlo de mala fe, tenemos entonces una ayuda muy grande para contrastar nuestras teorías.

El momento decisivo de la labor del analista es cuando tiene que evaluar la evaluación del analizado. En esa evaluación encontrará la respuesta profunda a su interpretación, respuesta que raramente coincide con lo dicho conscientemente y que deberá siempre desprenderse de los innumerables malentendidos que convierten a nuestra hipótesis interpretativa en autopredictiva (complacencia, seducción: transferencia positiva) o suicida (agresión, envidia: transferencia negativa) (Klimovsky, 1986, párrafo 5; Etchegoyen, 1989, p. 394; Hanly, 1992, 1997).

## VII

Donde mejor se alcanza la validez del proceso clínico en psicoanálisis es en ese punto de convergencia en que los hallazgos en la sesión se prolongan en los cambios lentos pero persistentes que aparecen en el proceso. A veces estos cambios surgen en medio (o al final) de episodios repetitivos, donde la fuerza del fenómeno transferencial se impone a nuestra reflexión rotundamente.

En un momento dado de su análisis, la señora de la manguera estaba preocupada por la pérdida de control esfinteriano de su anciana madre, molesta porque su heladera tenía una pérdida que mojaba el piso y muy enojada conmigo porque le interpretaba su falta de control emocional. En un momento dado, la tensión en mi contratransferencia fue tan alta que me encontré obligándola a aceptar mis interpretaciones como una madre que quiere imponer a su niño por la fuerza los hábitos de la limpieza. A esto se agregó una cistitis acompañada por intensa polaquiuria, la tumefacción de una muñeca que le provocaba una severa angustia hipocondríaca (“¿de dónde viene este fluido?”) y, por fin, el recuerdo de que cuando nació su hermanita y ella tenía menos de tres años su madre se había hecho encima. Este recuerdo encubridor (Freud, 1899) había aparecido muchas veces en su análisis, invariablemente para negar sus celos de la recién nacida y su envidia por la capacidad creativa de su denigrada madre. Esta vez pudo recuperar aquellos dolorosos sentimientos infantiles y ver a su madre y a su nueva bebé desde otra perspectiva, mientras oscilaba entre la admiración y la en-



vidia por mi tarea analítica (que también le parecía a ella por momentos creativa).

Es evidente a mi juicio que esta vez mis interpretaciones fueron muy bien comprendidas por la analizada y surtieron efecto inmediato y duradero: pudo ayudar a su madre con sus dificultades esfinterianas, le desapareció la tumefacción de la muñeca, remitió la cistitis con tratamiento médico, mandó a reparar la heladera que perdía y mejoró notablemente su incontinencia emocional. El cambio más convincente fue que nunca más volvió a mencionar que la madre perdió el contralor de esfínteres en un momento de su puerperio y pudo por consiguiente discriminar los términos de la ecuación simbólica bebé=heces. No me interesa destacar estos (buenos) resultados del trabajo analítico porque no hacen a la tesis del trabajo, sino que, al reconocer por primera vez la capacidad creativa de la madre, pudo pensar, por momentos y a regañadientes, que yo podía ser también un analista creativo. Por razones de rivalidad “profesional” (a pesar de que se desempeñaba en una actividad totalmente distinta a la mía) y por su carácter díscolo y desafiante (fálico-narcisista, Reich, 1933) que no habían sido todavía suficientemente analizados, no fue capaz de reconocer la tarea realizada y menos sentir gratitud.

Yo tomo en cuenta los argumentos de Grünbaum en su trabajo *‘Meaning’ connections and causal connections in the human sciences: the poverty of hermeneutic philosophy* (1990, Conexiones ‘significativas’ y conexiones causales: miserias de la filosofía hermenéutica), coincido en que el psicoanálisis va en busca de conexiones causales y no sólo de nuevos significados y comprendo sus críticas (a veces desmedidas) a las reconstrucciones que Freud (1909) le propone a El Hombre de las Ratas. No sé si el ejemplo que yo ofrezco puede ser más satisfactorio; pero ningún analista dejará de ver que mi labor con esta paciente hubiera sido imposible si Freud no hubiera escrito *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*. Su comprensión de aquel hombre, que dejó atónitos a los “médicos freudianos” que lo escucharon en Salzburgo en 1908, trajo una explicación de la neurosis obsesiva que nadie hasta entonces hubiera podido imaginar, aunque su contratransferencia con el Dr. Ernst Lanzer resulte criticable a la luz de los conocimientos actuales.

Por otra parte, cuando se lee o se critica ese gran documento clínico, no hay que perder de vista que Freud está en un momento excepcional de su creatividad y merece el reconocimiento de todos sus lectores. La forma en que relaciona el presente y el pasado de la vida del Dr. Lanzer puede no ser irreprochable para el epistemólogo y adolece sin duda de fallas técnicas, pero lleva la indeleble marca del genio.

Clark Glymour (1974, 1980) ha tomado también la historia clínica de El Hombre de las Ratas para ver hasta qué punto las teorías de Freud pueden ser testeadas durante la sesión utilizando su método de la “pincer strategy” (estrategia de pinzas), que también puede aplicarse a las leyes de Kepler o de Newton. En un agregado a su escrito de 1974, Glymour (1982) encuentra que ciertas hipótesis de Freud pueden ser some-



tidas a prueba, mientras otras no pasan de ser recursos retóricos enmascarados de argumentos científicos (“rhetorical devices masquerading as arguments”, *Ibidem* p. 31); y concluye que su escrito es un intento de separar las dos cosas. Coincido con estos puntos de vista, y creo que mi técnica apunta precisamente a separar la interpretación psicoanalítica de las declaraciones del psicoanalista, que por inspiradas y creativas que sean —y más allá de su valor heurístico— no pasan de ser sus subjetivas y personales opiniones. Es muy satisfactorio para mí escucharlo a Glymour decir que “... the theory Johannes Kepler proposed long ago was strong enough to be tested in the observatory, and the theory Sigmund Freud developed at the turn of this century was strong enough to be tested on the couch”. (*Ibidem*, p. 29, “... la teoría que Johannes Kepler propuso hace ya mucho tiempo fue lo suficientemente fuerte como para poder ser testeada en el observatorio y la teoría que desarrolló Freud al comienzo de este siglo fue también lo suficientemente fuerte para ser testeada en el diván”. Traducción personal). Por otra parte, ¿puede una ciencia ser tal si tiene que llevar todas sus hipótesis a testear en un terreno que no le es propio?

En la misma dirección que Glymour se mueve el pensamiento de Klimovsky no sólo en su ensayo sobre la epistemología de la interpretación psicoanalítica (Klimovsky, 1986), sino también en su extraordinario libro de 1994, cuando afirma que “el método hipotético deductivo, aunque en forma más intrincada, parece dar cuenta, también del proceso de la validación de las interpretaciones, cosa que ya, de alguna manera, habían señalado John O. Windom y otros epistemólogos” (p. 316).

Las críticas formuladas por Grünbaum al psicoanálisis me parecen más precisas de las que en su momento hicieron Nagel, Popper y Bunge; pero quiero señalar que las separo de su polémica con los hermeneutas, donde el psicoanálisis pierde autonomía y se convierte en campo de batalla de dos grandes corrientes filosóficas de nuestro tiempo. Los hechos con los que trata el psicoanálisis “en parte son fácticos y en parte son semióticos” (Klimovsky, 1980, p. 37), tienen significación y, por tanto, dependen de los códigos personales que les apliquen el analizado y el analista; pero, más allá de esos códigos, están los hechos de la realidad psíquica que postula la teoría psicoanalítica y que nuestra técnica —por difícil que le resulte— puede alcanzar. Si me inclino personalmente a ver al psicoanálisis como una ciencia natural, como Klimovsky (1989), es porque creo —y en esto coincido con Charles Brenner— que, si bien el psicoanálisis trabaja efectivamente con elementos significativos (palabras, deseos, símbolos), los trata como datos que pueden ser testeados, no como meros significados o palabras que van a entenderse *sólo* dentro de un círculo hermeneúutico. “The method of observation and the date of psychoanalysis have very much to do with language and meaning, but it is a mistake to conclude from this that psychoanalysis is *sui generis* as a science.” (Brenner, 1980, p. 205, “Los métodos de observación y los datos del psicoanálisis tienen mucho que ver con el lenguaje y la significación, pero es un error concluir por esto que el psicoanálisis es una ciencia *sui generis* “. Traducción personal).



Confío que este trabajo sea del agrado de mi buena amiga Pearl King, a quien admiro por sus conocimientos y por sus aportes rigurosos a la historia del psicoanálisis y aspiro, también, a que mi escrito abra una discusión sobre temas importantes pero controvertibles. Deseo terminarlo señalando el enorme valor explicativo que tiene para mí la teoría de la transferencia en cuanto la consideremos, como Freud (1895, 1905, 1914), una intromisión del pasado en el presente, repetición no simplista ni isomórfica que nos permite comparar lo que pasa ahora con lo que sucedió allá lejos y hace mucho tiempo, como diría Guillermo Enrique Hudson.

**Descriptorios:**

hermenéutica / significación / inconsciente / ciencia / sujeto / testeo / interpretación radical / proceso psicoanalítico / situación psicoanalítica / validación / investigación empírica / transferencia / contratransferencia.

hermeneutics / meaning / unconscious / science / subject / to test / radical interpretation / psychoanalytic process / psychoanalytic situation / validation / empirical research / transference / countertransference.

**Bibliografía**

- Abraham, K. (1924), Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales. En *Psicoanálisis Clínico*. Buenos Aires: Paidós, 1959, cap. 26. [A short study of the development of the libido, viewed in the light of mental disorders. En *Selected Papers*. Londres: Hogarth Press, 1927, cap. 26].

- Ahumada, J. L. (1997), Counterinduction in psychoanalytic practice: epistemic and technical aspects. En Jorge L. Ahumada, Jorge Olagaray, Arlene Kramer Richards y Arnold David Richards, editores. *The Perverse Transference and Other Matters*. Northvale, New Jersey y Londres: Jason Aronson, 1997, capítulo 11.

- Alvarez Lince, B. (1996), *La Interpretación Psicoanalítica. Método y Creación*. Santafé de Bogotá: Editorial Grijalbo Ltda.

- Austin, J. L. (1962), *How To Do Things with Words*. Oxford: The Clarendon Press. [*Cómo Hacer Cosas con Palabras*. Barcelona-Buenos Aires: Paidós, 1982].

- Bianchedi, E. T. de (1990), Cambio psíquico: el devenir de una indagación. *Revista de Psicoanálisis*, 47: 10-24. [Psychic change: the 'becoming' of an inquiry. *International Journal of Psycho-Analysis*, 72: 6-15, 1991].

- Bion, W. R. (1957), Differentiation of the psychotic from the non-psychotic personalities. *International Journal of Psychoanalysis*, 38: 266-275  
(1963). *Elements of Psychoanalysis*. New York: Basic Books. [*Elementos de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1966].  
(1977). *Seven Servants*. New York: Jason Aronson.



- Bleger, J.(1967), *Simbiosis y Ambigüedad*. Buenos Aires: Paidós.
- Brenner, C. (1980), Metapsychology and psychoanalytic theory. *The Psychoanalytic Quarterly*, 49: 189-214.
- Breuer, J. y Freud, S. (1895). *Estudios sobre la Histeria*. Buenos Aires: Amorrortu Editores (A. E.), 2. [*Studies on Hysteria*. S.E, 2].
- Davidson, D. (1984), *Inquiries into Truth and Interpretation*. Oxford: Oxford University Press. [*De la Verdad y de la Interpretación*. Barcelona: Gedisa, 1990].
- Dorey, R. (1991), Introducción. El sujeto de la ciencia y el sujeto del inconsciente. En Roger Dorey, et. al., 1991).
- Dorey, R., Castoriadis, C. y Enriquez, E. et. al. (1991), *L'Inconscient et la Science*. París: Dunot. [*El Inconsciente y la Ciencia*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1993].
- Edelson, M. (1984), *Hypothesis and Evidence in Psychoanalysis*. Chicago y London: The University of Chicago Press.
- Etchegoyen, R.H. (1989), On interpretation and its testing. En Harold P. Blum, Edward M. Weinschel y F. Robert Rodman, eds. *The Psychoanalytic Core*. Essays in Honour of Leo Rangell. Madison-Connecticut: International Universities Press, cap.20.
- (1993) Das Junktim von Forschen und Heilen in der Psychoanalyse. *Psyche*, 47: 241-260.
- (1994) Validation in the clinical process. *International Journal of Psycho-Analysis*, págs. 83-92. Precirculated paper for the 75th Anniversary Celebration Conference at West Point, April 8-10.
- Ferenczi, S. (1913), El desarrollo del sentido de realidad y sus estadios. En *Obras Completas*, t. 2, 7. Madrid: Espasa-Calpe, 1981. [Stages in the development of the sense of reality. *First Contributions to Psycho-Analysis*. New York: Brunnet/Mazal, Publishers, 1980, chapter 8.]
- (1927). Book Review on *Technik der Psychoanalyse: I. Die Analytische Situation*, by Dr. Otto Rank, 1926. *International Journal of Psycho-Analysis*, 8: 93-100.
- Freud, S. (1899), Sobre los recuerdos encubridores. *A.E*, 3: 293-315. [Screen memories. *S.E*, 3: 301-322].
- (1904). El método psicoanalítico de Freud. *A.E.*, 7: 233-242. [Freud's Psycho-Analytic Procedure. *S.E.*, 7: 249-254].
- (1905), Fragmento de análisis de un caso de histeria. *A.E.*, 7: 1- 107 [Fragment of an analysis of a case of hysteria. *S.E.*, 7: 3-122].



- (1909), A propósito de un caso de neurosis obsesiva. *A.E.*, 10: 119-194. [Notes upon a case of obsessional neurosis. *S.E.*, 10: 151-249].
- (1911) Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. *A.E.*, 12: 217-231 [Formulations on to the two principles of mental functioning. *S.E.*, 12: 213-226].
- (1912). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. *A.E.*, 12: 107-119. [Recommendations to physicians practising psycho-analysis. *S.E.*, 12: 109-120].
- (1914). Recordar, repetir y reelaborar. (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II). *A.E.*, 12: 145 -157. [Remembering, repeating and working-through. (Further recommendations on the technique of psychoanalysis, II). *S.E.*, 12: 145-156].
- (1916-17) *Conferencias de Introducción al Psicoanálisis*. *A.E.*, 15 y 16. [Introductory Lectures on Psychoanalysis. *S.E.*, 15 y 16].
- (1937a) Análisis terminable e interminable. *A.E.*, 23: 211-254. [Analysis terminable and interminable. *S.E.*, 23: 211-253].
- (1937b) Construcciones en el análisis. *A.E.*, 23: 255-270. [Constructions in analysis. *S.E.*, 23: 255-269].
- Gill, M.M. (1992) Current trends in psychoanalysis. H. Hartmann Award. (1993). Comunicación personal.
- Gitelson, M. (1952), The emotional position of the analyst in the psycho-analytic situation. *International Journal of Psycho-Analysis*, 33: 1-10.
- Glymour, C. (1974), Freud, Kepler, and the clinical evidence. En Richard Wollheim y James Hopkins, eds., *Philosophical Essays on Freud*. Cambridge: Cambridge University Press, 1982, pp. 12-29.
- (1980). *Theory and Evidence*. Princeton: Princeton University Press.
- (1982). Afterword (to "Freud, Kepler and the clinical evidence", pp. 29-31).
- Green, A. (1991), Desconocimiento del inconsciente (ciencia y psicoanálisis). En Roger Dorey et al., 1991. [Amorrortu Editores, 1993].
- Grinberg, L. (1956), Sobre algunos problemas de técnica psicoanalíticas determinados por la identificación y contraidentificación proyectivas. *Revista de Psicoanálisis*, 13:507-511.
- Grünbaum, A. (1984), *The Foundations of Psychoanalysis: A Philosophical Critique*. Berkeley: University of California Press.
- (1990) "Meaning" connections and causal connections in the human sciences: the poverty of hermeneutic philosophy. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 38: 559-577.
- Habermas, J. (1968), *Erkenntnis und Interesse*. Frankfurt: Suhrkamp Verlag.



[*Knowledge and Human Interest*. Boston: Beakon Press, 1972.  
*Conocimiento e Interés*. Madrid: Taurus, 1982].

- Hanly, C.M.T. (1992), *The Problem of Truth in Applied Pschoanalysis*. New York: Guilford Press.

(1997). Psychoanalysis and the uses of philosophy. En Jorge L. Ahumada, Jorge Olagaray, Arlene Kramer Richards y Arnold David Richards, editores. *The Perverse Transference and Other Matters*. Northvale, New Jersey y Londres: Jason Aronson, 1997, capítulo 17.

- Hartmann, H. (1951), Technical implications of ego psychology. *Psychoanalytic Quarterly*, 20: 31-43. (También en *Essays on Ego Psychology*. New York: International Universities Press, 1964, capítulo 8).

- Jaspers, K. (1913), *Allgemeine Psychopatologie*. Heidelberg: Springer. [*General Psychopathology*. Manchester: Manchester Univesity Press, 1963. *Psicopatología General*. Buenos Aires: Beta, 1955].

- Kandel, E. R. (1998). A new intellectual framework for psychiatry. *American Journal of Psychiatry*, 155: 457-469.

- Klein, M. (1932), *El Psicoanálisis de Niños*. En *Obras Completas*. Buenos Aires-Barcelona-México: Paidós, vol. 2, 1987. [*The Psycho-Analysis of Children*. En *The Writings of Melanie Klein*. London: The Hogarth Press, 1975, vol.2.]

(1946). Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. En *Obras Completas*. Buenos Aires-Barcelona-México: Paidós, vol. 3, cap. 1, 1987. [Notes on some schizoid mechanisms. *International Journal of Psycho-Analysis*, 27:99-110. En *The Writings of Melanie Klein. Envy Gratitude and Other Works, 1946-1963*. Londres: The Hogarth Press, 1975, cap. 1].

- Klimovsky, G. (1980), Ciencia y anticiencia en psicología. Conferencia dictada en la Asociación Argentina de Investigaciones Psicológicas (ADIP). En Gregorio Klimovsky, Marcos Aguinis, Luis Chiozza y otros, *Opiniones sobre la Psicología*. Buenos Aires: Ediciones ADIP, 1986, pp. 11-48.

(1986) Aspectos epistemológicos de la interpretación psicoanalítica. En R. Horacio Etchegoyen, *Los Fundamentos de la Técnica Psicoanalítica*, cap. 35. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

(1989) La epistemología de Sigmund Freud. Leído en el 36° IPAC, Roma.

(1994) *Las Desventuras del Conocimiento Científico. Una Introducción a la Epistemología*. Buenos Aires: A-Z editor.

- Lacan, J. (1957), L'instance de la lettre dans l'inconscient ou la raison depuis Freud.





En *Ecrits*, pp. 493-528). [*Lectura estructuralista de Freud*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 1971].

(1966). *Écrits*. Paris: Seuil. [México: Siglo XXI, 1971, 1975].

- Lagache, D. (1964), Symposium on fantasy. *International Journal of Psycho-Analysis*, 45: 180-189.

- Liberman, D. (1962), *La Comunicación en Terapéutica Psicoanalítica*. Buenos Aires: EUDEBA.

(1970-72). *Lingüística, Interacción Comunicativa y Proceso Psicoanalítico*, Buenos Aires: Galerna, vols. 1/3.

- Mahony, P.J. (1986), *Freud and the Rat Man*. New Haven y Londres: Yale Universities Press.

- Money-Kyrle, R.E. (1968), Cognitive development. *International Journal of Psycho-Analysis*, 49: 691-698. *Collected Papers*, cap. 31. [Desarrollo Cognitivo. *Revista de Psicoanálisis*, vol. 27: 845-862, 1970].

(1971) The aim of psycho-analysis. *International Journal of Psycho-Analysis*, 52: 103-107. *Collected Papers*, cap. 33. [Los fines del psicoanálisis. *Revista de Psicoanálisis*, vol. 30: 263-271, 1973].

- Popper, K. R. (1953), La ciencia. En *El Desarrollo del Conocimiento Científico*. Buenos Aires: Paidós 1967, p.p. 43-79.

(1962) *Conjectures and Refutations*. Londres: Routledge y Kegan Paul.

- Racker, H. (1960), *Estudios sobre Técnica Psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós. [*Transference and Countertransference*. London: Hogarth Press, 1968].

- Rank, O.(1926), *Technik der Psychoanalyse: I. Die analytische Situation*. Leipzig & Viena: Franz Deuticke. (Citado por S. Ferenczi, 1927).

- Reich, W. (1933), *Charakter analyse* - Berlín: Selbstverlag des Verfassers [Análisis del Carácter. Buenos Aires, Paidós, 1957. *Analysis of Character*, New York: Orgone Institute Press].

- Rosenfeld, D. (1980), The handling of resistances in adult patients. *International Journal of Psychoanalysis*, 61: 71-83.

- Searle, J. R. (1969), *Speech Acts. An Essay in the Philosophy of Language*. Cambridge: Cambridge University Press. [*Actos de Habla. Ensayo de Filosofía del Lenguaje*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1980].



- Strachey, J. (1934), The nature of the therapeutic action of psycho-analysis. *International Journal of Psycho-Analysis*, 15:127-152.

- Tausk, V. (1919), Über die Entstehung des Einflussesapparates in der Schizophrenie. *Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse*, 5: 1-33. [On the origin of the 'influencing machine' in schizophrenia. *The Psychoanalytic Quarterly*, 2: 519-556, 1933. Sobre el origen del 'aparato de influencia' en la esquizofrenia. *Revista de Psicoanálisis*, 2: 490-524. De la génesis del 'aparato de influencia' durante la esquizofrenia].

También en *Obras Psicoanalíticas*. Buenos Aires: Morel, 1977. También en Robert Fliess ed., *The Psychoanalytic Reader*. Londres: Hogarth Press, 1950.

- Thomä, H. y Kächele, H. (1985), *Lehrbuch der Psychoanalytischen Therapie, Band 1 Grundlagen*. Berlin-Heidelberg: Springer Verlag. [*Psychoanalytic Practice. 1 Principles*. Berlin-Heidelberg: Springer Verlag, 1987. *Teoría y Práctica del Psicoanálisis. 1 Fundamentos*. Barcelona: Herder, 1989].

- Wallerstein, R. S. (1986), *Forty -Two Lives in Treatment. A Study of Psychoanalysis and Psychotherapy*. New York-London: The Guilford Press.

- Weinshel, E. (1988), Structural change in psychoanalysis. *Journal of the American Psycho-Analytic Association*, 36 (Suppl.): 263-280.

- Wisdom, J.O. (1956), Psychoanalytic technology. En L. Paul ed., *Psychoanalytic Clinical Interpretation*. Londres: Collier-Macmillan, 1964. pp. 143-161.  
(1967). Testing an interpretation within a session. *International Journal of Psycho-Analysis*, 48: 44-52.

Zac, J.(1971), Un enfoque metodológico del establecimiento del encuadre. *Revista de Psicoanálisis*, 28: 593-610.

Agradezco a María Isabel Siquier, Eduardo Rabosi y Eduardo Issaharoff las valiosas sugerencias al borrador de este trabajo.

**Primera versión: 10 de diciembre de 2000**

**Aprobado: 10 de marzo de 2001**